

A propósito de *No-cosas*, de Byung-Chul Han: entre lo humano y lo absoluto

Reseña de ESTER ASTUDILLO



En el tono al que nos tiene acostumbrados, la última publicación de Han¹, recién horneada, es tan concisa, accesible, taxativa y condensada como las que la vienen precediendo, publicadas en español por Editorial Herder religiosamente. El cambio de sello de Herder a Taurus en esta ocasión nos hizo presagiar a algunos ingenuos que una razón de enjundia debía esconderse en el contenido, o quizás en su extensión. Queden advertidos que no es tal el calibre, y que su naturaleza -porque existir, seguro que existe- habrá que buscarla, quien desee hacerlo, más allá de lo textual y lo filosófico, en la esfera de lo mundano.

Han se ha especializado en el estudio de los cambios que la postmodernidad, especialmente la hipertecnologización de nuestro entorno, están produciendo sobre lo que clásicamente hemos convenido en denominar *humano*: la presencia(lidad), el contacto, la mirada, la voz, la inmediatez, el trabajo (*homo faber*), la mano, los útiles, la fantasía, el deseo y, a través de este, la imaginación. Su vertiente en sus estudios ha sido fundamentalmente sociopolítica. Esta vez, aunque no deje de aludir aquí y allá a lo sociológico -ni halle obstáculo a la intertextualidad que supone reproducir textos propios sin necesidad de citarse-, tiene la audacia de adentrarse en la individualidad a profundidades que no se le conocían. A su vez, consecuentemente, el último capítulo constituye un desnudamiento propio a través de una anécdota personal, que abrocha así el texto como ilustración ejemplar de todo lo sostenido conceptualmente en el ensayo.

No contribuye Han ninguna idea o paradigma nuevo de lo ya sostenido antes por él, pero sí profundiza, elabora, y se hace valer no solo de Heidegger, maestro declarado y recurrente en sus libros, sino también de teóricos como Walser y Barthes, para hacer hincapié en la idea fuerza del texto: el presente es un mundo que gira en torno a la utilidad y funcionalidad de las cosas y es por eso mismo un mundo que desprecia las cosas, es un *mundo de no-cosas*. Los objetos dejan de ser lo que sea que son para pasar a ser vistos únicamente como portadores de su función. En el momento en que pierden esa función

que se les atribuye, son desechables/desechados. En verdad, solo son percibidos *parcialmente*.

Muy ilustrativamente, el término *objeto* deriva de la voz latina *obice*, ‘resistencia’. Pero hoy los objetos, las cosas, ya no nos ofrecen ninguna resistencia ni dureza, ya no nos plantan cara ni plantean problemas, como tampoco lo hace la alteridad del *otro*. Se han ablandado hasta el punto de desaparecer, han perdido sus esquinas y ángulos, se han hecho tan planos, minimalistas y lisos como la superficie del *smartphone*. Uno no puede tomarle el pulso a un mundo que no le ofrece resistencia. El mundo y el otro se han hecho disponibles, es decir, desechables, como los objetos y las relaciones, hoy enteramente *fungibles*. En el mundo analógico en el que hemos vivido hasta recientemente primaba lo relacional entre similares (*analógico* como ‘similar’), los lazos, lo narrativo; era un orden condicionado por las cosas en el que la conciencia de la facticidad del mundo, del tiempo y de la muerte *hendían* la carne; en el mundo digital prima lo contable, lo aditivo (*dígito* deriva de *dedo*, porque con los dedos calculamos y contamos), y pretende alzarse como un orden no condicionado por las cosas: ante todo, hay que evitar la *herida* al precio que sea.

Para Heidegger, maestro de Han, el hombre era fundamentalmente *mano*. Pensar para el filósofo era trabajar; llegó incluso a definir el pensamiento como un *oficio manual*. La mano era el útil que permitía al hombre estar en el mundo y adaptarse a él. Heidegger distinguió explícitamente *la mano* de *los dedos*: vio en la máquina de escribir el precursor de la calculadora y de un orden digital que convertiría la palabra en información. Efectivamente, el ordenador fue posible gracias al ‘proceso de transformar más y más el lenguaje en mero instrumento de información’, como si se tratara de un proceso de destilación, como si la lengua natural fuera exactamente lo mismo que un lenguaje lógico cualquiera.

La ya archiconocida tesis del exceso de información y de comunicación que definen nuestra era y que progresivamente devendrán en la desmaterialización del mundo es, en este texto, reforzada elegante y magníficamente a través de los conceptos saussurianos de *significado* y *significante*: hoy todo es ‘significado’, el ‘significante’ es despreciable, se escabulle y olvida a velocidad vertiginosa. Lo que importa y se retiene es la información. De ahí que ya no se lea poesía, porque la poesía no se agota en su significado denotativo, el poema es también *una cosa* que deleita los sentidos, es una fusión de voz, ritmo y rima, es palabras olvidadas y olvidadizas. Hay que olvidar el lenguaje y el significado para disfrutar del poema, de la cosa corpórea que también es el poema y que no es reductible a lenguaje ni, por supuesto, a información. El poema es el *significante*, que no se agota en el significado, sino que va más allá del lenguaje. Abre una brecha a la fantasía, al sueño: no exhibe todo lo que es, sugiere más de lo que dice. De ahí la erótica del poema y, en general, del arte.

En cambio, cuando la obra de arte *dicta* al espectador lo que debe interpretar sin abrir ningún punto de fuga, el arte deja de ser arte y pasa a ser pornografía: todo está expuesto, no hay fisuras, todo es *significado*. Mucho del arte contemporáneo parece ser creado desde estos parámetros, y en calidad de tal, la obra deja de ser una cosa, se transforma en

significado, en información, incapaz de sugerir nada, de abrir mundos propios al espectador. El arte, pues, también como *no-cosa*; la obra percibida también en total parcialidad.

Por supuesto, Han recurre al concepto de *aura* artística de Benjamin, que tan útil resulta aquí para explicar la ausencia de erotismo del nuevo arte y de la fotografía actual, que todo lo muestra –¡tan distantes las *selfies* de los severos, graves retratos de hace casi dos siglos!–, como para ilustrar la indisponibilidad del mundo y la distancia como ingredientes imprescindibles para el goce artístico. Hoy tanto la una como la otra quedan diluidas con la ‘bendita’ inmediatez que trae consigo la tecnología: el mundo está disponible a perpetuidad y al alcance de la mano con el *smartphone*, y gracias a ello estamos protegidos de él, ¡salvífica pretensión! En cuanto al tiempo... ¡nadie quiere pensar en ello o en la *herida* que nos inflija! El sueño es que para cuando a cada cual le toque envejecer, esté disponible la fórmula de la inmortalidad. La criogenización ya es una opción de mercado –ignoro si con los resultados que predica. Por tanto, evitando la *herida* de la distancia, de la irreversibilidad del tiempo y de la *facticidad* del mundo, del estar arrojados a la vida –algo que nos hemos empeñado en borrar de nuestra realidad–, es imposible captar el aura del arte o de plasmarla en una obra. No hay arte posible sin dotarlo de aura, sin un *pathos* sobrevolándolo.

El aura también se posa sobre los objetos queridos que se atesoran, plenamente *cosas* –quienes aún conserven esa rara práctica–: se preservan porque tienen aura, todo cuanto significan está más allá del lenguaje. Orientados por la noción de utilidad, deberíamos desecharlos, puesto que, siendo antiguos, han dejado de realizar la función para la que fueron concebidos. Si los atesoramos es porque despiertan en nosotros otro tipo de significado, probablemente *relacional*, un vestigio humano de nuestra identidad y memoria personal. Son narrativos, nos recuerdan quiénes somos: son puro significante. Lamentablemente, es una práctica en desuso y síntoma de nuestro sometimiento a los dictados de la eficacia de los objetos que nos circundan, tornados así en *no-cosas*.

El mundo veloz, voraz y ruidoso de hoy aniquila el sosiego y el silencio, la calma y la repetición, necesarios para ejercer la imaginación, el recuerdo, la fantasía y el deseo, características del orden humano. Hoy un disparo con un tiempo de exposición tan largo como en los primeros daguerrotipos solo revelaría como existente a aquel capaz de permanecer larga y sostenidamente inmóvil, como en el inquietante París del Boulevard du Temple de Daguerre, al parecer solo habitado por un limpiabotas y su cliente. La verdad de la *camara obscura* revelaría que hoy ya no queda prácticamente nadie humano, a un paso de perder esa modesta, vulnerable y mortal condición, y de ingresar inédita y decididamente en el reino de lo absoluto:

El hombre procede del humus, esto es, de la tierra. La digitalización es un paso consecuente en el camino hacia la anulación de lo *humano*. Es probable que el futuro humano se halle preestablecido: *el hombre se anula para hacerse absoluto.*²

Notas

1. Byung-Chul Han. *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*. Barcelona: Taurus, 2021.
2. *Ibid.*, p. 93.